

Domingo 25: El Autor de la Fe

Preguntas y Respuestas 65-68

Lectura: Hechos 2:33-47

Salterios:

Primero: 356:1,2

Segundo: 327:1,5

Tercero: 381:1-4

Cuarto: 65:3,4

Último: 88:3

Querida congregación,

En la porción de la Palabra de Dios que hemos leído juntos, podemos ver claramente cómo la fe es obrada en los corazones de los pecadores y, también, cómo esa misma fe es fortalecida y confirmada por el Señor mismo.

La primera cosa que llama nuestra atención en Hechos 2 es que el Espíritu Santo, siendo derramado en el día de Pentecostés, llenó a los apóstoles y movió a Pedro a proclamar las grandes obras de Dios. Esta proclamación no se quedó sin efecto. Por la poderosa operación del Espíritu de Dios, tres mil personas fueron compungidas de corazón, de modo que clamaron: “*Varones hermanos, ¿qué haremos?*” (Hechos 2:37). Muchos fueron llevados a un reconocimiento humilde de su condición miserable. Muchos también fueron favorecidos con una iluminación salvadora de Cristo y llevados a abrazarlo como su único Salvador. El Espíritu Santo había plantado una fe verdadera y viva en sus corazones.

Sin embargo, hubo más. Estos primeros miembros de la iglesia en Jerusalén fueron también fortalecidos en su fe por el uso de los sacramentos. En el versículo 41 leemos que ellos fueron bautizados, y luego el siguiente versículo nos dice que perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión y en el partimiento del pan. En resumen, se sometieron a la Palabra de Dios y fueron confirmados por el Santo Bautismo y la Santa Comunión. Así, el Espíritu Santo utiliza el evangelio para *obrar* fe en el corazón del pecador, y utiliza tanto el evangelio como los sacramentos para *fortalecer* esa fe.

Congregación, ¿conocen algo de esa bendición de manera experimental? ¿Ya ha sido plantada la fe en sus vidas? ¿Ha sido fortalecida por los medios de la gracia? ¿O aún permanecen extraños a todo esto? Que entonces su oración sea: “A Ti, oh Señor Jehová, alzo mi alma anhelante”. Rueguen al Señor: “Oh, enséñame por Tu Palabra y Espíritu. Como Tú eres el Autor y el Consumador de la fe, obra también en mi corazón y fortalece la obra que has comenzado”.

Esperamos oír acerca de este Autor de la fe y de los medios de la gracia en nuestro Catecismo de Heidelberg. Con la ayuda de Dios, queremos dar nuestra atención al Domingo 25, encima del cual leemos el título: “De los Sacramentos”.

Pregunta 65: Si sólo la fe nos hace participantes de Cristo y de todos Sus beneficios, dime, ¿de dónde procede esta fe?

Respuesta: Del Espíritu Santo, que la hace obrar por la predicación del Santo Evangelio, encendiendo nuestros corazones, y confirmándola por el uso de los sacramentos.

Pregunta 66: ¿Qué son los sacramentos?

Respuesta: Son señales sagradas y visibles, y sellos instituidos por Dios, para sernos declarada mejor y sellada por ellos la promesa del Evangelio; a saber, que la remisión de los pecados y la vida eterna, por aquel único sacrificio de Cristo cumplido en la cruz, se nos da de gracia no solamente a todos los creyentes en general, sino también a cada uno en particular.

Pregunta 67: Entonces, ¿la Palabra y los sacramentos tienen como fin llevar nuestra fe al sacrificio de Cristo cumplido en la cruz, como el único fundamento de nuestra salvación?

Respuesta: Así es, porque el Espíritu Santo nos enseña por el Evangelio y confirma por los sacramentos que toda nuestra salvación está puesta en el único sacrificio de Cristo ofrecido por nosotros en la cruz.

Pregunta 68: ¿Cuántos sacramentos ha instituido Cristo en el Nuevo Testamento?

Respuesta: Dos: el Santo Bautismo y la Santa Cena.

En el Domingo 25 encontramos al Espíritu Santo como:

El Autor de la Fe

Veremos:

1. Cómo Él obra la fe por Su Palabra
2. Cómo Él fortalece la fe por los sacramentos

Repitamos: el Autor de la fe. Él obra la fe por Su Palabra y la fortalece por los sacramentos.

Primer pensamiento. Cómo Él obra la fe por Su Palabra.

Congregación, el Domingo 24 ha dejado bien claro que la salvación no tiene su origen en las buenas obras del hombre, sino solo en la perfecta obra de Cristo. La salvación se recibe solo por la fe, e incluso esta fe es una obra de Dios; es un fruto del Espíritu Santo. Bueno, aquí tienen el contenido del Domingo 25.

Cuando el anterior Domingo probó que la salvación es solo por la fe, podría haber surgido la pregunta: “¿Cómo obtengo esa fe? ¿De dónde procede?” Espero que esta sea la pregunta ardiente de su corazón. Espero que sea una necesidad urgente también en la vida de nuestros niños y niñas. Entonces dirán: “Oh Señor, *debo* arrepentirme, *debo* creer, pero *no puedo* creer, ni aun *quiero* arrepentirme y creer. Así de terrible es mi condición. ¿Cómo recibo yo esa verdadera fe salvadora?”

Escuchen la respuesta de nuestro Catecismo: “Del Espíritu Santo”. De allí procede la fe, del Espíritu Santo. Es el Espíritu de Dios quien obra la fe en el corazón por la predicación del evangelio y quien la confirma por el uso de los sacramentos. En otras palabras, el Espíritu Santo es el Autor de la fe.

Hasta aquí hemos oído de la *esencia* de la fe: verdadero conocimiento de la Palabra de Dios y una confianza como la de un niño en el Señor. Hemos oído acerca del *objeto* de la fe también: Cristo y Sus méritos. Finalmente, hemos oído del *fruto* de la fe: la justificación del pecador ante Dios. Hoy, oiremos del *Autor* de la fe: el Espíritu Santo. Es Él quien obra la fe, quien la imparte a los corazones de los elegidos de Dios.

La fe es un don de Dios, tanto en su origen como en su permanencia. En Efesios 2:8, el apóstol dice: “*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios*”. La fe es don de Dios, no solo en el momento en que es plantada y comienza a crecer, sino también cuando es ejercitada, cuando tiene que pasar por valles de tinieblas y atravesar montañas de aflicción. ¿Qué dijo el Señor Jesús a Pedro? “*Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; mas yo he rogado por ti para que tu fe no falte*” (Lucas 22:31-32). ¿Lo escuchamos? La fe es un don de Dios, no solo en su esencia, sino también en su ejercicio, en su permanencia. Todo es de Él, y por Él, y para Él. Es un don de la gracia de Dios.

Curiosa y extrañamente, algunos arminianos dicen lo mismo. Los evangélicos de la “fe superficial” a veces afirman que ellos también creen que la fe es un don de Dios. Sin embargo, parece que quieren decir algo totalmente distinto. Según ellos, Dios ofrece el don de la fe a todos como algo que *nosotros* debemos aceptar. Podría, por ejemplo, ofrecerles un libro y decir: “Aquí está; se lo doy. Acéptelo y será suyo”. Cuando usted lo acepta, ciertamente puede decir que fue un regalo porque le fue dado. Sin embargo, *usted* tenía que aceptarlo; esa fue su parte en el acuerdo. Los arminianos consideran la fe de la misma manera. La fe es un don de Dios, pero *usted* debe abrir su mano. Usted debe estar dispuesto a recibirla. También creen que tiene el poder de hacerlo, aunque con la ayuda de Dios. El Señor hace Su parte, y usted la suya. Es, en realidad, un asunto de cooperación entre Dios y el hombre.

Cuando nuestro Catecismo dice que la fe procede del Espíritu Santo, no hay nada en cuanto a una contribución del lado del hombre. La fe viene del Espíritu Santo. No viene de mi propia voluntad o fuerza. Eso es imposible. Tampoco viene de mis padres. Aunque es muy importante cómo los padres crían a sus hijos, ellos no pueden darles una fe verdadera y salvadora. Tampoco viene de nuestros amigos, sin importar cuánto pudieran intentar ayudar. Tampoco vendrá del predicador, aunque predicara con el mayor fervor día y noche. Pablo puede plantar, Apolos puede regar, pero Dios es quien da el crecimiento (1 Corintios 3:6).

Congregación, la respuesta a la primera pregunta del Domingo 25 es una que hace reflexionar, pero está en armonía con Aquel que dijo: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere”* (Juan 6:44). Por nosotros mismos, somos incapaces, totalmente incapaces y reacios a creer. Es muy humillante reconocer esto, pero, al mismo tiempo, es profundamente alentador para aquellos que luchan y no saben cómo creer, que se paran con las manos vacías y no se atreven a inclinarse ante Dios. La fe es un don de la gracia de Dios. No solo *Cristo* es un don de Dios, sino que también *la fe* es un don del cielo. Es obrada por el Espíritu Santo y lleva a la glorificación del Padre en Su soberana misericordia. Es *totalmente* Su obra.

Sin embargo —y esa es la otra verdad que nuestro Catecismo quiere enfatizar— el Espíritu Santo utiliza *medios* en la conversión de los pecadores. No lo hace de una manera inmediata, sino de una manera mediata, por medio de los medios de gracia. No, *el Señor* no necesita esos medios, pero *nosotros* los necesitamos. Dios puede obrar sin medios tanto en el ámbito de la gracia como en el ámbito de la naturaleza. Puede bendecir los campos y hacer que el maíz crezca sin ninguna contribución del lado del hombre. Sin embargo, esa no es Su manera ordinaria de obrar. Se requiere un trabajo arduo de parte de los agricultores. Deben emplear los medios adecuados. Costará sudor y lágrimas, e incluso así no podemos obligar al campo a producir fruto. Cuando al final de la estación podemos recoger una abundante cosecha, solo podemos decir: “El Señor lo ha hecho; Él dio Su bendición”. Sin embargo, Él utiliza medios en el ámbito de la naturaleza.

Hace lo mismo en el ámbito de la gracia. Utiliza los medios de la gracia, y Él desea que *nosotros* hagamos lo mismo. Quiere que leamos Su Palabra y que vengamos bajo la predicación de la misma. No deberíamos preguntar qué es *capaz* de hacer el Señor, sino qué le *agrada* hacer. Él quiere que estemos bajo la red de pesca del evangelio. Ese es el camino señalado para nosotros. Esa es Su forma común de convertir a las personas.

Dios quiere que Su Palabra sea proclamada no solo en la casa de oración, sino también en los caminos y senderos, en las calles y callejones de la ciudad. Si la Palabra de Dios no es predicada, los pecadores permanecen en tinieblas. *“La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Romanos 10:17), es decir, por la predicación de Su Palabra. Si somos indiferentes frente a la gran comisión de difundir Su Palabra, entregamos a miles y miles de personas a la eterna perdición. Por lo tanto, debemos apoyar la obra de misiones y evangelismo. Debemos también

orar por la unción del Espíritu de Dios sobre los predicadores y los oyentes. El Espíritu Santo decide utilizar la predicación del evangelio para obrar fe en los corazones de los pecadores. Piensen en Lidia. Niños, ¿cuándo fue ella convertida? ¡Cuando estaba sentada bajo la predicación de Pablo, fuera de la ciudad de Filipos, al lado del río!

En una ocasión, el equipo misionero holandés en Izi recibió a unos visitantes de Norteamérica. Dos miembros de la directiva de la misión —uno, un pastor; el otro, un estudiante del seminario teológico— llegaron a Nigeria con el fin de investigar las posibilidades de comenzar una obra misionera entre una tribu cercana a la región de los Izi. Algunos miembros del equipo misionero les ofrecieron un tour, ayudándoles a explorar la región de dicha tribu. Finalmente, llegaron a un río grande que no pudieron cruzar. Teniendo hambre, se sentaron al lado del río para comer los sándwiches que habían traído. Más de cincuenta niños de una aldea cercana vinieron para ver lo que esos americanos estaban haciendo. Al terminar de comer, el pastor estadounidense dirigió una oración de acción de gracias y mencionó cómo Lidia también fue encontrada al lado de un río. El estudiante de teología le respondió diciendo: “Es cierto lo que acabas de decir, hermano, pero Pablo no solo oró; él también predicó”. Inmediatamente se levantó y se acercó a esos niños. Con toda seriedad habló con ellos de la necesidad de recibir un nuevo corazón. Los niños escucharon atentamente y con reverencia porque sentían que el predicador desconocido hablaba a su corazón. Al terminar, les dijo: “Probablemente nunca nos volveremos a ver, niños, pero un día estaremos juntos ante el trono de Dios. Nunca olviden lo que han escuchado, porque Dios les preguntará: ‘¿Qué han hecho con mi Palabra?’ Recuerden a Pablo y oren por un nuevo corazón. Nunca lo olviden”. La semilla fue sembrada en los corazones de esos niños africanos.

Mirando atrás, podemos ahora decir que no fue la voluntad del Señor que las congregaciones norteamericanas establecieran un puesto misionero en Nigeria, como ya lo habían hecho sus congregaciones hermanas en los Países Bajos.¹ Después de un tiempo, se encontró un campo misionero en Bolivia, como muchos de nosotros sabemos. Sin embargo, una pequeña semilla fue sembrada, incluso allí, a la orilla del río en Nigeria. ¿Qué ha producido? No lo sabemos, pero la eternidad lo revelará.

Debajo del rocío del Espíritu Santo, la semilla de la Palabra de Dios echará raíces en los corazones de hombres y mujeres, y también de niños y niñas. No somos responsables del fruto, pero sí debemos sembrar la semilla. La Palabra de Dios es el medio de la gracia. Cuando Lidia se sentaba bajo la predicación del apóstol, el Señor abrió su corazón para que estuviera atenta a lo que

¹ El autor era pastor y misionero en Nigeria de la “Zending Gereformeerde Gemeenten” (Misión de las Congregaciones Reformadas), una asociación misionera perteneciente a las “Gereformeerde Gemeenten” (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos. Esta denominación mantiene una relación eclesial con las “Netherlands Reformed Congregations” (Congregaciones Reformadas Neerlandesas) de Norteamérica, y antes de que la “North American General Mission” de dicha denominación llegara a Bolivia, se encontraba investigando la posibilidad de trabajar en Nigeria junto a las congregaciones holandesas.

Pablo decía (Hechos 16:14). Pídanlo también para ustedes mismos, querida congregación. Al trabajar en apoyo de las misiones, no se olviden de sí mismos. Pidan al Señor un nuevo corazón. El Espíritu Santo puede abrir las puertas para que la Palabra encuentre entrada.

El Catecismo de Heidelberg menciona la predicación del evangelio como un medio grande y eficaz. Por supuesto, es bueno y necesario leer la Biblia personalmente. También es bueno leer las Escrituras juntos como familia. Pero es especialmente a través de la predicación de la Palabra de Dios que el Espíritu Santo desea obrar la fe en los corazones de los oyentes. Por eso debemos estar en la iglesia el domingo y, si tenemos la oportunidad, también durante la semana. La iglesia es el lugar de trabajo del Espíritu Santo. Dios mora en el cielo, pero la iglesia es el lugar donde Él cumple Su obra salvadora. El Señor utiliza medios para convertir a las personas: empuña el martillo de la ley y siembra la semilla del evangelio. Se vale de los predicadores como instrumentos en Sus manos. Utilizó a Pedro para traer a tres mil pecadores de rodillas en un solo día, y a Felipe para instruir al eunuco etíope en el camino de la salvación. Congregación, oren mucho por los anunciadores del evangelio. Ellos deben predicar la Palabra de Dios, y ¿quién es suficiente para estas cosas? Oren al Señor para que envíe más obreros a Su viña, y valoren cuando Él envía a un pastor y maestro a ustedes. Enviados por el Señor, esos siervos les llevarán la Palabra de Dios —tanto la ley como el evangelio.

En el Domingo 25, el instructor pone el énfasis en “el evangelio” como el medio para obrar la fe en el corazón. El evangelio contiene la buena nueva de que hay salvación para el más miserable de los pecadores en un Cristo crucificado. El Catecismo no pasa por alto la ley; ya hemos visto esto en el Domingo 2. Por medio de la ley se obtiene el conocimiento del pecado. La ley se utiliza como ayo para castigar al pecador y conducirlo a Cristo. Es el arado que debe pasar por el campo de nuestra vida. Es necesario que haya una obra de la ley en nuestro corazón para que el terreno esté preparado y pueda recibir la preciosa semilla del evangelio. El evangelio, en particular, es el medio que el Señor usa para obrar la fe. La ley derrumba al pecador en su justicia propia, pero el evangelio levanta al pecador quebrantado de corazón. Es el Espíritu de Dios quien hace receptivo el corazón e imparte el conocimiento de Cristo.

Él obra la fe en nuestros corazones, enseña el Catecismo. Eso es lo que realmente importa. Si la fe no está arraigada en el corazón, se marchitará. No producirá ningún fruto duradero. Hay personas racionales, personas emocionales y personas de voluntad firme, pero la fe no es asunto de la razón, ni de los sentimientos, ni de la voluntad. Es, ante todo, un asunto del corazón. Allí es donde debe estar arraigada. No lo olvidemos. Solo hay Uno que puede obrarla: el Espíritu Santo. Él es poderoso para plantar esa fe, y dondequiera que la haya plantado, jamás será arrancada.

Que el Señor utilice Su Palabra para postrarlos en el polvo ante Él. Que también se sirva de la predicación del evangelio para plantar esa preciosa fe en sus almas. Oren por ello. Arrodíllense

en oración por el predicador. Rueguen que el Señor lo utilice para su bienestar eterno. Supliquen que Él quebrante sus corazones y aplique Su Palabra por el poder de Su Espíritu.

No es algo automático. Algunos dicen: “Dondequiera que esté la Palabra, allí también está el Espíritu Santo”. Hasta cierto punto, eso es cierto; sin embargo, no está presente en todo lugar de una manera *salvadora*. Puede estar allí en Sus operaciones *comunes*, pero para llevar a las personas a una fe verdadera y salvadora, el Espíritu Santo debe unirse a la Palabra de Dios de manera irresistible. Si el Espíritu de Dios no acompaña la Palabra de forma eficaz, esta no beneficiará a nuestra alma. Entonces nuestro corazón permanecerá tan duro y frío como antes. Tal vez haya algunas impresiones, pero pronto se desvanecerán. Nuestros *corazones* deben ser quebrantados. El Espíritu Santo debe plantar una fe viva. Somos tan hostiles, tan ciegos, tan descarriados. El Espíritu Santo debe intervenir desde lo alto para obrar fe donde no existe y para fortalecerla donde ya ha sido plantada. Esto nos lleva a nuestro segundo punto. Pero primero, cantemos del Salterio 65, las estrofas 3 y 4.

* * * * *

Segundo pensamiento. Cómo el Espíritu Santo fortalece la fe por medio de los sacramentos.

Después de que la fe ha sido obrada en el corazón, también debe ser fortalecida y mantenida viva. Esto quizá sea difícil de comprender cuando uno aún es joven. Los niños pueden pensar que los hijos de Dios nunca pecan ni se desvían. También podrían suponer que las personas convertidas siempre son fuertes en el Señor y que no tienen razón alguna para temer. Sin embargo, si el Señor no protegiera a Su pueblo día tras día, ellos sucumbirían. Si Él no los guardara ni fortaleciera, su fe pronto se marchitaría y decaería. Toda cosa viva necesita ser nutrida y alimentada. Esto se aplica no solo en el ámbito de la naturaleza, sino también en el ámbito de la gracia. En todo momento, los hijos de Dios necesitan esa obra sustentadora y preservadora del Espíritu Santo.

La fe necesita ser obrada, pero también fortalecida. Tiene que cumplir una labor ardua, una tarea pesada. La fe es como el capitán que debe guiar la nave de la iglesia de Dios a través de las tormentas del océano y la oscuridad de la noche. Tiene que luchar contra un feroz enemigo de tres cabezas. En medio de las pruebas, tentaciones y aflicciones, debe mirar al Capitán en Jefe y aferrarse a Su Palabra como a un ancla firme. Si el Señor dejara a un verdadero creyente por sí mismo en esta constante batalla, ¿qué sería de él? No solo se hundiría en el pecado, sino también en la desesperación. Jamás llegaría a ese puerto seguro, el puerto de su anhelo. Más bien, naufragaría y acabaría en ruina eterna.

La fe tiene que cumplir una gran obra. Debe ser puesta a prueba para que sea purificada como el oro y no se aferre a nadie más que a Cristo. El pueblo de Dios no aprende esto cuando el sol

brilla y el clima es apacible, sino en medio de la lucha, cuando son sacudidos como un árbol por la tormenta. Es entonces cuando las raíces de su débil árbol van cada vez más profundo, y cuando pueden aprender lo que significa: *“Sobre Cristo la roca firme estoy en pie; todo lo demás, arena movediza es”*.² La fe tiene que cumplir una ardua labor; por lo tanto, necesita ser fortalecida día tras día.

¿Qué utiliza el Señor para fortalecer la fe de Sus hijos? En primer lugar, hace uso de *Su Palabra*. Aunque no se menciona explícitamente en el Domingo 25, es bíblico hablar de esta manera. La Palabra de Dios no es solamente la semilla de la regeneración, sino también el alimento del alma. Es la leche espiritual no adulterada por la cual los infantes en la gracia crecen y son nutridos. El Espíritu Santo guía a las ovejas temerosas del rebaño de Jesús por los pastos verdes de Su preciosa Palabra y junto a las aguas tranquilas de Su dulce comunión. Al hacerlo, las fortalece y las guarda de desfallecer.

Sin embargo, de una manera especial, la fe es fortalecida por medio de *los sacramentos*. Eso es lo que nuestro Catecismo señala en el Domingo 25. El Señor obra la fe por el evangelio y la fortalece mediante el uso de los sacramentos: el Santo Bautismo y la Santa Cena. No solo hay un evangelio audible, sino también un evangelio visible. Hay algo que se oye y también algo que se ve. En el libro de Juan Bunyan titulado *La Guerra Santa*, leemos acerca de la Puerta del Oído y la Puerta del Ojo. Cuando el Príncipe Emanuel puso sitio a la ciudad rebelde llamada Alma Humana, algunos de Sus soldados fueron colocados frente a la Puerta del Oído. Esa es Su manera habitual de obrar. Cristo viene con Su Palabra para penetrar por el oído y conquistar el corazón.

Se cuenta la historia de un joven que no quiso escuchar mientras se encontraba sentado en la iglesia. Se oponía tanto a la Palabra de Dios que agachó la cabeza y se tapó los oídos con los dedos. Así bloqueó la Puerta del Oído. Sin embargo, una mosca se posó en su mejilla y comenzó a molestarlo. En un instante, se quitó los dedos de los oídos para espantarla, pero en ese preciso momento, el Señor disparó una flecha directa a su corazón. La Palabra de Dios lo alcanzó profundamente, y ya no pudo librarse de ella. Volvió a casa llorando y sollozando por sus pecados. Fue el bendito comienzo de una obra de gracia en su vida.

Luego está también la Puerta del Ojo. El Príncipe Emanuel envía a unos cuantos soldados más a esa puerta una vez que la Puerta del Oído ha sido abierta. Eso quiere decir que el Señor no solo obra la fe, sino que también la fortalece. El salmista canta de ello: *“Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte”* (Salmo 89:15). Bienaventurados aquellos que no solo *aclaman* externamente, sino que *conocen internamente* estas realidades. Ningún oído ha oído, ni ojo ha visto, ni ha subido en corazón humano lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Es algo

² Original: “On Christ the solid Rock, I stand; all other ground is sinking sand”. Himno inglés.

reservado para el estado de gloria, pero ya aquí el Señor da anticipos ocasionales de ello. A veces pueden contemplarlo en los sacramentos. Pueden maravillarse de ello en el bautismo y gustar algo de ello en la Mesa del Señor.

¿De dónde proviene la palabra *sacramento*? No se encuentra en la Biblia. Es una palabra de origen latino que traduce un término que significa “misterio”. En la antigüedad, *sacramento* se utilizaba para referirse a la suma de dinero que dos partes en un juicio depositaban ante un sacerdote en un santuario pagano. Quien perdía el juicio perdía también el dinero. Más adelante, la palabra *sacramento* adquirió otro significado: se empleaba para describir el voto o promesa de fidelidad que hacían los soldados bajo el estandarte de César, el líder del Imperio Romano. De manera similar, cuando el bautismo se administraba en la iglesia cristiana, se consideraba como la marca de un cristiano y como una promesa hecha por los soldados del Rey Jesús a su Maestro celestial.

Por sí mismo, este es un pensamiento interesante, pero en realidad no nos lleva a una comprensión adecuada de lo que constituye un sacramento. Hablando bíblicamente, un sacramento no es, en primer lugar, algo que *el hombre* hace, sino algo que *Dios* hace. Un sacramento es una promesa que proviene de Él. La perspectiva *bautista* sostiene que en el bautismo es el *hombre* quien actúa: el hombre se deja bautizar, toma una decisión voluntaria y hace profesión de fe. Se presenta y expresa su deseo de servir al Señor; sepulta su vieja vida y comienza una nueva. Pero la visión *bíblica* del bautismo es totalmente distinta. El bautismo es un sacramento del pacto de gracia: una promesa visible de Dios. Esperamos decir más al respecto cuando el Catecismo de Heidelberg trate el bautismo de los infantes, pero, por ahora, pueden recordar que un sacramento es, ante todo, una señal y un sello celestiales. Es una promesa de Dios y una muestra de Su misericordia eterna. Es algo que proviene de Su parte, y no de la parte del hombre.

La respuesta a la Pregunta 66 habla acerca de señales —*señales sagradas y visibles, y sellos*. Es decir, hay una enseñanza que se comunica visiblemente. Las iglesias reformadas nunca han tenido imágenes ni estatuas dentro de la iglesia, ni jamás deseamos tenerlas. No queremos convertir la iglesia en un lugar donde el ojo se satisfaga y los deseos naturales sean gratificados, como ocurre en la Iglesia Católica Romana. El Señor instruye a Sus hijos por medio de Su Palabra. Sin embargo, hay ocasiones en las que sí podemos *ver* algo en la iglesia, por ejemplo, cuando se administra el bautismo y el agua es derramada sobre la frente de la persona.³ Esto puede compararse con las ilustraciones que un maestro utiliza en el colegio, especialmente en la educación primaria. Tales imágenes ayudan a los niños a comprender mejor lo que el maestro dice o lo que enseña el libro.

³ El original dice: “cuando los niños son bautizados”. El traductor se ha tomado la libertad de cambiar este ejemplo y el que sigue para ser más apropiado para el contexto en que trabaja.

Así es también con los sacramentos instituidos por Cristo. Un sacramento es, en primer lugar, una *señal*. Ilustra algo. El Señor retrata lo que Él promete al mostrar algo. Es una señal, tal como el arcoíris significa que Dios jamás enviará un diluvio para cubrir todo el mundo. ¿Alguna vez piensan en ello, niños y niñas, cuando llueve intensamente durante varias horas? Las lluvias torrenciales, los ríos caudalosos y las olas rugientes imponen temor. El agua tiene un poder tremendo. Sin embargo, el Señor ha dicho: “Jamás destruiré el mundo por las aguas de un diluvio como en los días de Noé”. Como señal de esto, como una muestra de que cumplirá Su promesa, Él ha dado el arcoíris en el cielo. Así es con el sacramento del bautismo. Cuando la frente de una persona es rociada con agua, es Dios mismo quien se para allí y jura de forma más solemne: *“Diles: Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva”* (Ezequiel 33:11). A Sus hijos Él les dice: *“Porque esto me será como las aguas de Noé: como juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra, así he jurado que no me enojaré contra ti ni te reñiré”* (Isaías 54:9). El bautismo funciona como una señal, como un mensaje visible.

Lo mismo se aplica a la Santa Cena. El pan quebrantado es una señal del cuerpo de Cristo. El vino derramado es un retrato de la sangre de Cristo. Cuando el vino es derramado, el Señor dice: “Oh, pobre y culpable pecador, la sangre de Cristo limpia de todo pecado. Esa es mi promesa. Me comprometo a cumplirla. No estoy obligado a hacerlo, porque no has merecido nada, pero por mi propio honor tengo que cumplir mi promesa. Jamás la quebrantaré.”

Por lo tanto, el sacramento no es solo una señal o una ilustración, sino también un *sello*. Confirma la promesa de Dios. Piensen en la historia de la reina Ester. Cuando el rey Asuero escribió una carta para defender la causa de los judíos, entregó su anillo real a Mardoqueo y mandó que se pusiera su sello en aquella carta. Esto le daba autoridad al documento. Mostraba autenticidad. Era real; era verdadero. Así también, los sacramentos son sellos colocados por el Rey de la iglesia sobre Su testamento. Subrayan el evangelio de gracia libre y soberana para el consuelo de Su Sion pobre y necesitada.

Congregación, no piensen que un sacramento *añade* algo a la Palabra de Dios. Todo lo que Dios nos tenía que decir ya ha sido registrado en Su Palabra. Esa Palabra es preciosa, válida y suficiente en sí misma. El oro sigue siendo oro, aunque no tenga un sello. La Palabra de Dios es verdad incluso si no hubiera sacramentos. ¿Qué hace, entonces, un sello o sacramento? Confirma que la Palabra de Dios es confiable. Sella la promesa de Su gracia. Pone un sello sobre el oro de Su pacto inquebrantable. Dios es un Dios que no puede mentir. ¿Dirá, y no lo hará? ¿Hablará, y no lo cumplirá? La Palabra de Dios es absolutamente digna de confianza.

Sin embargo, *nosotros* estamos tan llenos de incredulidad y dudas, incluso después de que la gracia haya sido recibida. La Biblia compara a los hijos necesitados de Dios con caña cascada y

pábilo que humea. Tan a menudo no pueden ni se atreven a aferrarse a las promesas de Dios. Sabiendo esto, ¿qué hace el Señor? Condesciende aún más. Viene con un sacramento. Dio a un Tomás temeroso el permiso para tocarlo. Es lo mismo hoy. Da a Sus hijos afligidos algo que pueden ver, palpar y probar. Él dice a un alma vacilante: “*Gustad y ved que es bueno Jehová*” (Salmo 34:8).

¿Qué es lo que promete a Su pueblo temeroso? El Catecismo dice que es “la remisión de los pecados y la vida eterna”. Un sacramento es, por así decirlo, un sello de amor y misericordia que el Señor Jesús coloca sobre Su promesa. Solemnemente, Él testifica: “Declaro bajo juramento que les doy el perdón y la vida eterna”. Tanto la Palabra de Dios como los sacramentos apuntan al único sacrificio de Jesucristo en la cruz.

Por supuesto, hay una diferencia entre la Palabra de Dios y los sacramentos. La Palabra de Dios tiene una función doble: *obra* la fe y la *fortalece*. Los sacramentos tienen una sola función: solamente fortalecen la fe que ya ha sido impartida. Además, la Palabra nos *enseña* algo; los sacramentos nos *muestran* algo. La Palabra se *oye*; los sacramentos se *ven*. Sin embargo, tanto la Palabra como los sacramentos son como dedos que señalan a la única base de salvación. Ese es el significado de la Palabra de Dios y de los sagrados sacramentos.

Congregación, no podemos profundizarlo más debido a la hora, pero sí es bueno reflexionar en ello. Es tan necesario que aprendamos el significado de lo que Dios dice en Su Palabra y muestra en los sacramentos. Que el Señor nos dé oídos y ojos abiertos. Que quite de nosotros todos los falsos fundamentos sobre los cuales, por naturaleza, estamos tan inclinados a construir. ¿Tienen temor de su corazón engañoso? ¿Es alguna vez su súplica: “Oh Señor, derríbame en mí mismo y, por favor, pon mi alma sobre la Roca; córtame de esa vieja raíz e injértame en Cristo”? Debe perderse a sí mismo y convertirse en un pobre pecador delante de Dios. Debe aprender a llorar por sus pecados, pero también debe aprender que no puede pagar por ellos con sus lágrimas, con el cambio en su vida, con las mejoras que puedan notarse y con su lucha ferviente contra el pecado. Solo el sacrificio del amado y todo-suficiente Salvador de Sion es el fundamento de la fe en la vida y en la muerte.

¡Oh, cuán privilegiados son aquellos que pueden aprender esa lección en la escuela de la gracia libre y soberana! Son confrontados con la corrupción de su corazón y llevados de vuelta al Paraíso. Pierden todo sobre lo cual sostenerse delante de Dios y no les queda más que hundirse. Son llevados a ponerse de acuerdo con la justicia de Dios y aprobar Su sentencia justa. Claman: “Oh Señor, Tú eres justo en todos tus caminos y obras”. Pero —¡oh maravilla!— son puestos sobre esa Roca sólida, Jesucristo, y este crucificado. Reciben una nueva canción en su boca para que puedan irse por sus caminos gozosos.

Aun así, los hijos de Dios pueden experimentar una lucha amarga en su camino al cielo. A menudo son zarandeados de un lado a otro, sin consuelo, y azotados por la tempestad. Pueden desanimarse tanto, ya no sabiendo qué pensar de sí mismos. Es por eso que el Señor ha instituido los dos sacramentos. Ambos exhiben la gloriosa verdad del evangelio: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”* (Juan 1:29).

Aplicación.

Vengan, querida congregación. Hemos oído acerca del Autor de la fe y los medios de la gracia: la Palabra de Dios y los sacramentos. Estos son los medios que el Espíritu Santo utiliza para *obrar* la fe y para *fortalecerla*.

El Espíritu de Dios, como Autor de la fe, hace uso de la Palabra de Dios. ¡Qué privilegio es que podamos tener esa Palabra! Tantos miles hay que nunca la han visto ni oído, pero nosotros podemos tenerla, aunque de ninguna manera somos mejores que ellos. El evangelio es un tesoro grande y maravilloso. Hablamos acerca de la *Santa* Cena y a veces también del *Santo* Bautismo, pero ¿alguna vez hablamos de la *santa* Palabra de Dios? Al abrir la Biblia, es la Palabra misma de Dios la que leemos. Cuando la escuchamos en la iglesia, es el Señor mismo quien nos habla. ¿Nos damos cuenta de ello? ¿Alguna vez temblamos ante Su Palabra? Muchos se preocupan de los sacramentos y particularmente con la pregunta: “¿Cómo vengo a la mesa del Señor?” Pero, ¿cuántos se preocupan de las preguntas más importantes: “¿Cómo me aparto de mi culpa? ¿Cómo encuentro un Mediador para mi alma? ¿Cómo llego al pesebre de Belén? ¿Cómo puedo mirar por la fe a Cristo en Su amor sacrificial y Su hermosura incomparable? ¿Cómo podré ser lavado jamás en la sangre del Cordero? ¡Oh Señor, utiliza Tu Palabra y ven con Tu Espíritu para instruir a mi alma!”

Congregación, lean sus Biblias. Háganlo en casa y dondequiera que vayan. Escudriñen las Escrituras. Mediten en ellas. Tómense un tiempo para ello. Al venir a la iglesia, háganlo con un corazón en constante oración. Cuando salgan de aquí, que sea reconociendo esto: “He estado en el lugar en que Dios habla”. La iglesia no es un lugar para tomar una siesta o para compartir las últimas noticias. ¡Oh, piensen en su alma inmortal y que el Señor les recuerde en misericordia! ¡Que Dios obre con poder por su Espíritu en medio de nosotros! ¡Que Él derrame agua viva sobre el terreno seco y árido de nuestros corazones de piedra!

Los medios de gracia son la Palabra de Dios y los sacramentos. ¿Cómo deberíamos *valorar* los sacramentos? En primer lugar, no deberíamos *sobreestimarlos*. Es posible recibir los sacramentos, y, al mismo tiempo, permanecer sin gracia, como Simón el Mago. Lo opuesto también es posible. El ladrón en la cruz nunca fue bautizado y nunca tuvo la oportunidad de sentarse en la Mesa del Señor, pero sin duda fue al cielo. Cristo dijo que estaría con Él aquel

mismo día. Por lo tanto, no sobreestimen los sacramentos. Ellos no obran la salvación de una manera mágica.

Por otro lado, no los *subestimen* tampoco. No los menosprecien ni desprecien. El Señor ha dado los sacramentos con un propósito específico y profundo. Lo que el Señor hace nunca es redundante. Él ha dado el bautismo y la Cena del Señor para fortalecer la fe vacilante de Sus hijos, para tener comunión con ellos en amor y para glorificar Su santísimo Nombre. El Señor dice: “*Haced esto en memoria de mí*” (Lucas 22:19). Si alguien profesa participar de la gracia, pero nunca se interesa por los sacramentos, bien puede usted ponerle un signo de interrogación a esa profesión. Tales personas, *si en verdad* poseen gracia, tendrán un alma raquítica. En resumen, no debemos subestimar los sacramentos.

Finalmente, deberíamos *estimarlos correctamente*. En lugar de sobreestimar o subestimar los sacramentos, debemos valorarlos de acuerdo con el propósito para el cual el Señor los dio.

Congregación, esto también se aplica a la *Palabra de Dios*. El Señor nos ha dado Su Palabra para que la usemos. Al mismo tiempo, debemos orar para que *Él* se digne usarla. No lo esperen de los medios ni del predicador, sino miremos más alto. Esperémoslo de Aquel que nunca avergüenza —de Aquel que es un Dios sorprendente. Pidán al Señor que use los medios y que obre esa fe verdadera donde no existe, que la fortalezca donde ha sido dada y que complete lo que Él ha comenzado. Amén.

Salterio 88:3